

Este cerro se hallaba colocado en el centro de otras dos moles gigantescas, una de las cuales se elevaba al Noroeste y otra al Oriente. La primera ocupaba el sitio que ocupa hoy la plaza principal, y como los españoles la destruyeron totalmente en los primitivos tiempos de la Colonia, nadie ha conservado de ella una memoria exacta. Pero sus proporciones debieron ser colosales, puesto que dió el material suficiente para construir casi todas las casas de la ciudad moderna. Debió contener también grandes y numerosos edificios en su cima, porque Montejo se alojó en él, con todas sus fuerzas, durante un año.

Del montículo situado al oriente del principal, quedan todavía algunos vestigios en el espacio que separa á la ciudadela de la moderna iglesia de San Cristóbal. A juzgar por algunas palabras de Landa (25), debía ser un inmenso terraplén sobre el cual se levantaban tres pirámides, bases de otros tantos santuarios. El conjunto debía tener alguna especialidad, que impulsó á Cogolludo á desearlo para convento de su Orden.

Ignoramos completamente si T-Hó tuvo alguna importancia política en la antigüedad. En el siglo XVI de nuestra Era formaba parte de la provincia de *Cehpech*; pero no podemos decir si tenía un gobierno independiente ó dependiente de algún cacique de la comarca.

El culto que la ciudad profesaba, puede entreverse analizando los nombres de sus dioses. El más antiguo que veneraba en sus altares era *Baklumcháan* ó *Baklumchaam* (26). Si el primer nombre es el verdadero, debe ser considera-

---

remos en adelante, tenemos que limitarnos á términos generales que hagan comprensible nuestra explicación. Podríamos extendernos, si nos fuera posible reproducir los planos y dibujos de diversos autores que tenemos á la vista. Pero esto es por ahora imposible.

(25) *Relación*, § XLII.

(26) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulo VIII.—El historiador estropea lastimosamente el nombre del ídolo y le llama *Vaclonchaam*.

do como un vestigio del culto que los primitivos itzaes, descendientes tal vez de los votanidas, rendían á la Naturaleza creadora y fecundante (27). Brasseur de Bourbourg supone que el templo de este dios debía existir en la pirámide central (28); pero en la detallada descripción que nos ha dejado Landa de los edificios construídos en ella, y de que ya hemos dado un bosquejo, no se encuentra mencionado templo ninguno. Nos inclinamos á creer que estaría colocado en el cerro donde acampó Montejo.

El otro dios venerado en T-Hó se llamaba *H' Chum-Cáan* (29), cuyo santuario se elevaba en la mole oriental de la ciudad (30). *Chum-Cáan* significa «centro ó fundamento del cielo», y la belleza de este nombre llama fuertemente la atención del observador. Brasseur de Bourbourg supone que esta divinidad era la misma á que se daba el nombre de *Corazón del Cielo* en la mitología quiché (31). Los antiguos habitantes de T-Hó tenían una fe extraordinaria en *H' Chum-Cáan*, y para arrancarlo de su corazón fué necesario arrasar el templo indígena y sustituirlo con una capilla dedicada á San Antonio (32). Pero cualquiera

---

(27) La traducción literal de *Baklumcháan* es: «*phalus* de tierra, puesto en espectáculo». La de *Baklumchaam* podría ser «muela cubierta con tierra».

(28) *Archivos de la Comisión*, tomo II, página 41.

(29) Este nombre se halla escrito en COGOLLUDO, BRASSEUR y otros, *Ah-Chum-Caan*.—El lector yucateco sabe perfectamente que los mayas ponen ante todo nombre de varón la letra *H*, que se pronuncia como *J* española, y ante todo nombre de mujer la letra *X*, que tiene el sonido de *ch* francesa ó *sh* inglesa. Como á los europeos se les hacía muy difícil esta pronunciación, antepusieron á la *h* una *a* y á la *x* una *i*, para formar las sílabas *ah* é *ix*, que en todos los escritores antiguos preceden á los nombres de hombre y de mujer. Así, de *HKinChi* hicieron *Ah-KinChi*, y de *X-azal-uoh*, *Ix-azaluoh*. Nosotros hemos creído necesario restablecer la antigua escritura maya con toda su propiedad, y suplicamos al lector que tenga presente esta advertencia para todos los nombres propios indígenas que encuentre en adelante en nuestras páginas.

(30) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(31) *Archivos*, etc., tomo II, página 40.

(32) COGOLLUDO, *ubi supra*.

que hubiese sido la religión de la vieja ciudad en que se escribe este libro, debe decirse en honor suyo que no hay vestigio de que sus altares hubiesen sido regados nunca con la sangre de los sacrificios humanos.

*Chichén Itzá* es indudablemente también una de las ciudades más antiguas de la Península. Creemos que ninguno de nuestros lectores ignorará que la palabra subrayada significa «boca, orilla ó márgenes del pozo de *Itzá*». Se ha supuesto que un indio apellidado así descubrió el cenote que hoy se ve en el centro de las ruinas, y que la población que con el tiempo se formó en torno de él, adoptó el nombre que tiene, en honor de su fundador (33). Quizá sea este un origen muy humilde para una ciudad tan espléndida. Probablemente no fué un hombre, sino una tribu, la que descubrió el cenote y se estableció á sus márgenes. Cuando los itzaes se veían obligados á emigrar de sus ciudades, empujados por un ejército vencedor, la abandonaban en masa con sus mujeres, sus hijos y sus dioses, y vagaban por los campos durante años enteros en busca de nuevas habitaciones. No dejaremos de encontrar algunos rasgos de esta vida nómada en el decurso de nuestra historia.

Es muy fácil comprender, pues, que durante una de sus peregrinaciones, la tribu, que debía venir sorprendida y alarmada al mismo tiempo con la sequedad que dominaba en aquella región, se hubiese detenido y acampado alrededor del cenote, que debía proporcionarle agua en abundancia. Es muy fácil presumir también que, convidada luego por la fertilidad de los terrenos vecinos, hubiese determinado construir allí sus habitaciones. Las luchas que en los siglos posteriores surgieron entre las diversas fracciones del país para enseñorearse de Chichén, prueban el aprecio que los aborígenes hacían de este sitio delicioso.

(33) *Museo Yucateco*, tomo I, página 270.

La tribu detenida al borde del cenote, ¿sería la de los tzaes, á quienes el triunfo de los toltecas obligó á salir de la América Central? No nos atrevemos á afirmarlo, aunque ya hemos dicho que Brasseur de Bourbourg lo cree muy probable (34). Esta suposición haría retroceder la fundación de Chichén á una época anterior á la Era cristiana. El mismo abate presume que los tzaes, fundadores ó reconstructores de esta ciudad, pudieron ser los tres hermanos que reinaron allí en los tiempos inmediatos á Kukulcán (35). Pero son tan débiles los fundamentos de esta nueva suposición, que no merecen la pena de ser refutados. El autor anónimo de las *Epocas mayas* hace la primera mención de Chichén en un período que corresponde al siglo VII de nuestra Era; pero la supone establecida desde tiempo inmemorial.

Cualesquiera que hubiesen sido los fundadores de esta ciudad, se comprende que establecieron en ella un gobierno teocrático, análogo al de Itzmal. Los jefes de la tribu eran llamados en el país *Kuyen uincob*, hombres santos (36), y las agitaciones que por varios siglos conmovieron su poder, revistieron siempre el carácter de guerras religiosas. Algo hemos dicho ya de estas revoluciones. Al culto de Zamná hubo necesidad de oponer el de Kukulcán, y cada bando contendiente dibujó en sus banderas la efigie de un dios. Los esfuerzos de los innovadores debieron ser impotentes por mucho tiempo para derribar el poder sacerdotal. Así al menos puede deducirse de la *Relación* de Landa, formada de los vagos recuerdos que los indios del siglo XVI conservaban de las viejas tradiciones. Esa tribu, que á las órdenes de Kukulcán sale de la ciudad santa

(34) Véase el capítulo III de este libro.

(35) *Archivos de la Comisión*, tomo II, página 27.

(36) Manuscrito titulado *Leb lai u tzolan katunil ti mayab*. En adelante lo citaremos con el nombre de *Epocas mayas*.

para poblar una nueva colonia, debe ser la facción reformadora, que huye ante el triunfo de sus enemigos, ó á quien se impone el ostracismo, en pena de su rebelión.

Peró Chichén era una mansión bastante deliciosa para no excitar la envidia de sus vecinos. Pasado algún tiempo, cuya duración no es posible fijar, los adoradores de Kukulcán se rehicieron, y la ciudad cayó definitivamente en su poder. ¿Cómo se llamaban los vencedores? ¿Eran los Tutul Xius, de quienes se habla más adelante, ú otra tribu de origen tolteca? No sabremos decirlo; nos limitamos á consignar el hecho en general, porque el triunfo de Kukulcán está escrito de una manera indeleble en los monumentos que no ha logrado destruir el transcurso de los siglos. Erigiósele un templo soberbio que descollaba entre los mejores de la ciudad (37), y la serpiente que constituía su imagen fué esculpida en piedra y colocada en todos los edificios públicos.

El culto primitivo del país, la religión ineruenta de Zamná, fué desde esta época probablemente condenada al olvido. Sustituyósele con el culto horrible del vencedor, y el amplio cenote que había sido el principio de vida de la población, convirtiéndose en el nefando altar de los sacrificios. Las desdichadas víctimas eran arrojadas vivas á la profunda caverna, con la esperanza, siempre frustrada, de reaparecer al tercero día (38). Construyóse desde el templo hasta este lugar una amplia y hermosa calzada, que todavía se conservaba en buen estado en los tiempos inmediatos á la conquista. Era sin duda el paso por donde transitaban las víctimas, después de las fúnebres ceremonias que debían preceder al sacrificio. A la orilla del cenote existía un santuario, que Landa compara al Panteón, de Roma, porque contenía las estatuas de todos los dioses. Allí era donde el infeliz á quien se conducía entre un gru-

(37) LANDA, *Relación*, § VI.

(38) El mismo, *Relación*, § XLII.

po de sacerdotes, pedía el valor, que tal vez le faltaba, para su tránsito á la eternidad.

Este culto sombrío no impidió que Chichén fuese embellecido con todo el lujo de una corte americana. Los príncipes, cuyos nombres han quedado sepultados en el olvido, levantaron allí suntuosos edificios, que son de los más notables de la antigua América. La Escultura y la Pintura agotaron en aquel recinto todos sus recursos: estatuas que sorprenden por la belleza y la propiedad de sus contornos, geroglíficos misteriosos esculpidos delicadamente en las vigas y en las cornisas, cuadros de colores vivísimos que representan asuntos públicos y domésticos; todo está allí reunido, maltratado, es verdad, por las injurias del tiempo, pero pregonando todavía el poder de sus autores.

Existía entre los edificios, según puede juzgarse por las actuales ruinas, dos que estaban destinados á las diversiones públicas: era dos teatros y un juego de pelota. Nosotros no entraremos en la descripción de ninguna de las construcciones de Chichén. Esta tarea aumentaría considerablemente las páginas de nuestro libro, y acaso sería inútil, por la falta de planos y dibujos. Además, está ya desempeñada por varios escritores, así nacionales como extranjeros, con una habilidad de que nosotros carecemos, y sus libros pueden ser consultados para buscar lo que falta en el nuestro. No obstante, como no todos los lectores pueden proporcionarse estas obras, damos en el apéndice una descripción del templo de Kukulcán, tomada del *Viaje á Yucatán*, de Stephens, y otra de un edificio conocido en la actualidad con el nombre de «El Castillo», tal cual la encontramos en la *Relación*, de Landa, quien lo visitó cuando todavía se hallaba en perfecto estado de conservación.

Chichén Itzá ha hecho últimamente algún ruido con motivo de una estatua notable, encontrada por M. Augustus Le Plongeon en una excavación que en 1875 practicó en las ruinas de aquella ciudad. La estatua es de piedra calcárea y representa á un hombre de estatura colosal, cuya des-

nudez está únicamente cubierta por la faja tradicional de los mayas. Fuera de la posición violenta en que aparece echado sobre la piedra que le sirve de base, todo lo demás revela en el artista un conocimiento poco vulgar de la Escultura. No nos atrevemos á calificar las comparaciones que con ocasión de este hallazgo se han hecho entre el arte de los mayas y el de los asirios, caldeos y egipcios (39). Diremos, sí, que la ejecución nos parece admirable bajo más de un título, mucho más si se consideran los pobres medios de que podía disponer el pueblo que la llevó á cabo.

En la época de su esplendor, Chichén debía poseer muchas obras de arte semejantes á la de que nos ocupamos. He aquí lo que dice Landa: «También hallé dos hombres de grandes estaturas, labrados de piedra, cada uno de una pieza, en carnes, cubierta su honestidad como se cubrían los indios. Tenían las cabezas por sí; y con zarcillos en las orejas, como usaban los indios (40), y hecha una espiga por detrás en el pescuezo, que encajaba en un agujero hondo, para ello hecho en el mismo pescuezo, y encajado, quedaba el bulto cumplido» (41).

A riesgo de desvanecer las ilusiones que puedan haberse apoderado de algún cerebro romántico, diremos para terminar este capítulo que el nombre de *Chacmool* con que Le Plongeon bautizó su monolito, es enteramente imaginario. No es menos fantástica la especie de que aquel personaje hubiese sido un rey y de que su esposa, la reina de Chichén, hubiese mandado construir la estatua para honrar su memoria. No hay en nuestra historia dato alguno que pueda presentarse para confirmar estas suposiciones.

(39) *La Razón del Pueblo*, periódico del Gobierno del Estado, número correspondiente al 19 de abril de 1876.

(40) La descripción conviene de tal manera al pretendido *Chacmool*, que no es difícil que esta estatua sea una de las que vió LANDA.

(41) *Relación de las cosas de Yucatán*, § XLI.

## CAPÍTULO VII

Ciudades fundadas por los mayas.—Mayapán.—Opiniones sobre su antigüedad.—Religión y administración pública.—Príncipes, sacerdotes y pueblo.—Uxmal.—Ignorancia absoluta sobre su fundación y la época en que se verificó.—Vestigios del culto que la ciudad profesaba.—Magnificencia de sus edificios.—Tradicción enlazada con las casas del *Enano*, de la *Vieja* y del *Gobernador*.

Hemos hablado en el capítulo anterior de las ciudades que, según todas las apariencias, fueron erigidas por los *itzaes*. Vamos á hablar ahora de las que fundaron los *mayas*.

El nombre de *Mayapán* revela claramente la raza á que debe su origen; significa «la bandera ó el estandarte de los mayas» (1). Esta traducción, á pesar de estar confirmada por todos los que conocen nuestro antiguo idioma, no satisface del todo á M. Brasseur de Bourbourg. Quiere que la palabra tenga «un sentido profundo y esté misteriosamente ligada á los recuerdos del cataclismo» (2); «puede significar—añade—la mano del agua violentamente abierta, ó bien el estandarte ó el recinto del agua de la pezuña (*may*), forma exterior de la Península». Recuerda luego que en el manuscrito de las *Epocas mayas* se llama á la ciudad *Mayapán*, y aventura la especie de que el nombre escrito así puede significar «recinto, cosa eminente, extensión fuera

(1) LANDA, *Relación*, § VI.

(2) *Manuscrito Troano*, vocabulario, palabra *Mayapán*.